

María Victoria Reyzábal



yo no te encontré. tú saliste a buscarme de la espesura del paisaje humano que me era indiferente. te acercaste. sólo tenía distancia y soledad, pero en otras heredades era reina de castillos, de corceles blancos, de príncipes de izquierda. tú saliste a buscarme. yo leía a salinas, a lorca, a otero y cerré los libros para mirar quién era el que tendía los puentes a mi exilio. el que me curaba heridas que casi no tenía. miraba pero no te encontré y te acercaste, te alejaste con el mismo gesto de aljibe fresco.

cuando te fuiste, no se me fue nada. volvieron mis poetas a leerme sus versos. mi soledad se acompañaba de grafías. mi tristeza es una angustia literaria. sufro como en las novelas. muchísimo. no, como en los poemas. muchísimo...

te acercaste nuevamente como un perro abandonado que supone hacer un favor siguiendo al viajero. viator. por eso, pronto, antes, caí en la cuenta de que te quería. porque había un instinto de fiera moribunda que te guiaba a la mecánica de mi boca. fue ahí donde comprobé que todo tu problema, los balazos de tu biografía se resumían en un error simple: no eres una flauta sino un violín, un stradivarius. y te habían soplado de buenas y malas maneras para integrarte a la orquesta.

yo sólo tenía distancia y maleta y algo de tiempo. dejé a mis escritores porque tú te acercaste y ya supe ahora que había que afinarte las cuerdas de la dicha y los placeres. te juré milagros, cuando parecían posibles. te juré milagros, cuando ya se sabía que el fin del mundo estaba cerca porque los jinetes galopaban con guadañas. te juré milagros a pesar de mis nuevas mutilaciones y quise ser tu intérprete, arrogante artista de muñones. te acercaste. todo fue un acercarte e irte. todo fue un tenerte y perderte. todo fue tierno como la leche y cruel como una empuñadura venenosa. todo fue mecerse en el amor perfecto y erguirse en el orgullo y en el despecho. todo fue y nada queda, apenas una hija de palabras. el violín acariciado, contrastado en múltiples acordes y las ballenas de hierro que circularon de ti al vacío, del vacío a la esperanza. guárdate la huella que identifica mi aliento.

por eso, ya, ni el mar de tu cuerpo, ni las ventanas azules, ni los amaneceres desgranados, ni el amor sin descanso han existido. y tú, nunca te acercaste a través del paisaje humano que me era indiferente, sin embargo, no te acercaste, pero al retirarte me quedé como quien se deshabela para siempre.

(De Equilibrio de arenas y de viento)

(Madrid, Editorial Mediterráneo, 1988; páginas 56-57)



la continuidad de una historia por favor dejadme partir
no puedo ser el parachoques de la agonía barrotes desde la cuna
el lecho nupcial la camilla glacial siempre con muñecas rotas
y devolución por los relojes y las plumas estilográficas
en el centro la escuela instituto universidad
rectas hileras de pupitres y tizas negras
la falsificación de firmas virtuales siempre buscándome
siempre desencontrándome cualquier otro siempre amando
posibles nunca debajo del mar calmo con codos desgastados y bisagras
que no funcionan ahora la vida en casas que no son hogares
contus cuidados que son dependencia y así crecí como en botachina
ajenas mis formas perfiles de otras

(De *Instancia en la locura*)

(Málaga, Diputación Provincial de Málaga, 1999.
Colección Puerta del Mar; pág. 72)

M^a VICTORIA REYZÁBAL (Madrid, 1944), es especialista en Lengua y Literatura. Posee una amplia experiencia docente en todos los niveles, tanto en Bachillerato como en Educación Universitaria. Es inspectora de educación y ha sido profesora en la Universidad Nacional del Sur y en la Universidad de Comahue (Argentina), colaborando de forma permanente con Universidades Españolas (Camilo José Cela, Salamanca, Zaragoza, Almería, Autónoma de Madrid...). Entre sus numerosas publicaciones, cabe destacar su obra de creación poética y narrativa: *Me miré y fue el océano* (Sevilla, Barró, 1987), *Equilibrio de arenas y de viento* (Madrid, Mediterráneo, 1988), *Ficciones y leyendas* (Madrid, Torremozas, 1989), *Cuentos para ver, oler, oír, tocar y gustar... el mundo* (Madrid, La Muralla, 1989), *Hasta agotar el éxtasis* (Madrid, Betania, 1990), *Oficio de profecías* (Málaga, Los Cuadernos de la Corona del Sur, 1991), *Cualquier yo es un otro* (Barcelona, Anthropos, 1991), *Instantes de él y ella* (Bilbao, Zurgai, 1994), *los milagros* (Málaga, Aquilea, 1994), *Cosmos* (Málaga, Puente de la Aurora, 1999), *Instancia en la locura* (Málaga, Dip. Provincial, 1999), *Ora pro nobis* (Málaga, Corona del Sur, 2001), *Emigrantes* (Madrid, Arco Libros, 2001), *Ser en paradojas* (Madrid, Consejería de Educación de la C. M., 2001), *Antología poética* (Tetuán (Marruecos), Fundación Tetuán Asmir, 2004; edición bilingüe árabe-español), *Acerca de amores mortalmente inacabados* (Madrid, Bitácora, 2004). Igualmente, es importante su producción didáctica, entre la que destacan: *La comunicación oral y su didáctica* (La Muralla, 1993), *El aprendizaje significativo de la literatura* (La Muralla, 1992), *El cofre de las palabras* (Madrid, Akal, 1992), *Didáctica de los discursos persuasivos: la publicidad y la propaganda* (La Muralla, 2002), *La lírica: técnicas de comprensión y expresión* (Arco Libros, 1994), *Diccionario de términos literarios* (Madrid, Acento Editorial, 1998), *San Juan de la Cruz para niños* (Madrid, Ediciones de la Torre, 1998), *Programación de español como segunda lengua* (Comunidad de Madrid, 2003), *Convivencia, conflicto y diversidad* (Comunidad de Madrid, 2007), etc.



cuando digo yo, sé que yo no existo. cuando digo lector sé que tú me escribes. amo el lenguaje aunque nos confunda. también nos con-funde. y nos con-fabula. y nos genera. sé que puede enmascararnos. pero se elige por algo el disfraz. la carátula. somos textos que leen textos. que escriben textos. somos grafías esotéricas. celestes. sangrantes. augustas. plagios eucarísticos. síntesis. aparente caos sintáctico. cosmos de sentido. conjunciones verbales para el milagro. túneles con salida. semen que balbucea progresiones. todo lo que tuvo un origen. tendrá un fin. todo lo que surgió de lo uno. a lo uno corre. y estamos múltiples. infinitas. atraídas magnéticamente contra el agujero blanco-negro.

(De Ser en paradojas)

(Madrid, Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid, 2001; página 56)

calma del transcurrir que parece detenido entre el jardín familiar. queda nieve como algodón de azúcar sobre algunos frutales. la calle desierta trasunta un claustro iluminado por vitrales mágicos. gobierna el silencio. mi vida se encoge entre dolor y penas. mañana cumplo años. demasiados y nada para tantas lecturas y amores concluidos. tengo algunos amigos y ciertos enemigos como casi todos. no me quedan padres ni hermanos. sí lares protectores y esta calderilla de escribir sobre el agua. linfa de las lucideces inútiles bajo la memoria herida por su propia función de encadenar recuerdos. también he perdido perros y gatos. hasta una tortuga. compañía fraterna contra humanoides. tinta fértil y huesos podridos. pero en mañanas como ésta de friosol madrileño. de desguace biográfico aún persiste el candor de los besos. la aguerrida floración del ímpetu y aquella ansia tan mía de serme hasta los tuétanos. de estar a mis anchas sola conmigo. de renunciar a nada a pesar de cualquiera. el planeta es pequeño para mis delirios de diosa. mis salmos de posesa. mi recogimiento de símbolo abierto. aquí estoy entre un pasado agrio y un futuro con persianas caídas. en este presente cuajado de milagros o quizá conchas tal vez únicamente brumas. tras el carmesí del aire.

Madrid, enero 2009
(inédito)



Pablo González de Langarika



(Fotografía de Carmen Isasí)

PABLO GONZÁLEZ DE LANGARIKA. Nace en Bilbao en 1947. Miembro del colectivo *Poetas por su pueblo*, dirige desde 1981 la revista ZURGAI. Autor de libros como *Canto terrenal* (Premio Bahía, 1975), *Contra el rito de las sombras* (1976), *Del corazón y otras ruinas* (Premio Alonso de Ercilla, 1985), *Los ojos de la igüana y otros poemas*, (Accésit del Premio Alonso de Ercilla, 1987), *Los ónices de Onán* (Premio del II Certamen de Poesía Erótica de los Talleres Literarios de la galleta del Norte, 1989), *Cálices de Octubre* (Accésit del Premio Alonso de Ercilla, 1989), *La rueda oscura* (Premio Imaginate Euskadi, 1992), *Endecha de la huella oscura* (Premio Imaginate Euskadi, 1994), *27 sonetos de amor y una canción enajenada* (Premio Imaginate Euskadi, 1996). En 2003 publica una carpeta, ilustrada por el pintor José Javier Lacalle, titulada *Aunque al fondo esté la música* y en el 2004 un libro, en edición numerada, titulado *La llama amarga*, en compañía del pintor Fernando Eguidazu.. Ha sido antologado en diversas ocasiones y traducido al euskera, italiano y corso.

Hacia la nada

*Se ha fugado mi sombra
porque nadie le oferta un pájaro en su vuelo*

Blanca Sarasua

I

La verdad hierve en mi corazón y, aunque percibo su parte de mentira, cubre las nieblas intactas de la infancia. Ahora paso las noches en un país extraño Sólo el silencio me acaricia, famélicas sus manos... y avarientas.

Qué lágrima cendal albergará mi ausencia y qué frutal debajo de mis párpados extenderá su flor sin conocerme. Qué ser oscuro alentará tu entraña, qué luz ha de advenir a soslayar mi son debajo de la boca.

Hoy florecen muy lentos los segundos y la lavanda se extravía en el recuerdo; quizá alguna luz se ofrezca libre para hilvanar su aroma a la nostalgia.

Templo mi voz, poso mi mano en el tapete donde las cartas discurren a su antojo, combaten ciegas tras desnudos horizontes: fronteras violadas, estrellas que se extinguen en lo vano. Vibra este resto de voz quebrada entre las sílabas que enhebro con ráfagas de sombras extrañadas, encanecidas por los hábitos del tiempo.

Las espadas se sitúan en lo alto, los corceles ensangrentados son heridos por las luces que los miman, los caballeros caen sobre la hierba más profunda, ruedan sus cascos y se abren abatidos... Son los deberes minerales: la cicuta y la palabra de la tribu, el quid de la mandrágora y su leche.

Siento esta sed alimentada por el sueño, cotejo su calor en la llanura de lo cierto.



II

Por detrás de los helechos doblegados baja la lluvia, camina apenas; se sabe muerte engalanada. Hilo de luna es su cabello fresco, lábil. Mira que perniciosamente fácil sazona la memoria, traza las sendas oblicuas del recuerdo, gesticula el rosario de los días, aduce el canto, el grito nunca dicho, la esperanza de un tiempo que jamás cumplió su cometido.

Laguna del horror, profundo abismo en el que caen, urdidos, cada uno de los aspectos de la sangre, filamentos oscuros, perforados bucles y extrañas sinrazones giran las nubes pausadas de otros velos, los gritos que la duda ha clausurado, los pasos irredentos del pasado.

Toma mi mano, camina hacia esa nada que viene avergonzada a nuestro encuentro, sobria, descalza, por un camino de piedra y hojas secas donde las ramas se mecen sin el viento y el aire es la impotencia que se admira. Espectros no creados que conoces serán al fin lo que ellos quieran y pecado el ansía de quedarse...

Hay pájaros cansados en mi sangre y restos de alas rotas, retazos de otros vuelos, calidades... Mi corazón es pasto de universo. Pesadas manecillas, veleidades que se engarzan entre sueños, animales que me acechan... Premoniciones que se fueron y regresan: un sinsentido de luces indigentes que recorren hábilmente mis arterias.

Junto a mi, la perra y su mirada.

Un polvo galáctico y discreto se adueña lentamente de mis ojos.





III

Las causas y las cosas que ahora nombro apenas son visibles en el sueño. Vivo al este de las luces diminutas, en la etapa de los ceses, sobre sonidos metálicos y fríos: desesperanza de la voz, aire negado como la música que amo y desconozco. Ya cosecho las pérdidas que ame, lo que sentí tomar distancia y desmemoria. Ya voy llegando...

Cegado por la luz, quemando etapas que la vida me demanda, acariciando las pieles que se escapan y descuidando mis labios en el frío. Llevando al matadero reses rojas, ilusiones, y estas alas que se van viniendo abajo. Con un paso renqueante que lame la virtud de las aceras y los caminos que ocultan su trazado.

Descreído y desesperanzado, apoyado únicamente en el cariño, aciaga larva de mi sed, humana y sin remedio. Terco como el día y encendido como un velón en medio de la noche. De esta noche que me cubre con una oscuridad pactada que lamento; bastión de otras ayudas y otras manos. Tacto que pruebo y guardo inútilmente en esta vida que se escapa, que se derrumba en trozos que todavía no comprendo.

Pero aún, bajo las sábanas secretas del invierno, en el descuido del pájaro que juega, alrededor de los límites oscuros, palpita un corazón... respiran las estancias incompletas, el alba aguarda sobre el mundo, y entre estelas delgadas, confundidas, asoma sus hilos destrenzados algún rescoldo antiguo de esperanza.

Mientras...

yo ardo en la fricción de lo imposible.

IV

Luz que se va y que, si acaso, ha de habitar el núcleo de otros seres. Miro al espacio inmenso, inabarcable... en su espesura miríadas de átomos se muestran incesantes. Aspectos religiosos que se funden sin reinos excelsos que ofrecerme, sin ángeles estúpidos ni mitras ni palios que veneren la ignominia, hilera son de esencias, no de cruces...

Una rosa se deshoja entre mis manos, marinera del aire, rojo yermo para la dulce fragancia de la muerte, caricia y sello del eco de la vida para la corta memoria de los hombres...

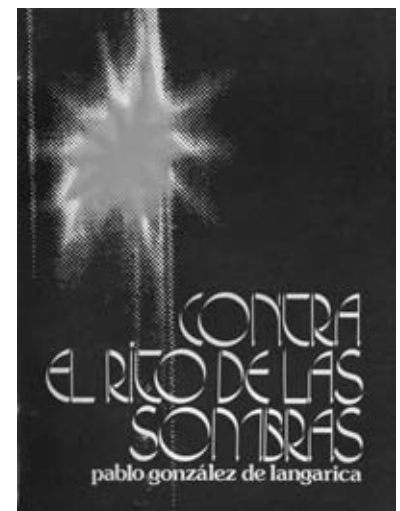
De rojo oscuro acariciado por lo negro es el espacio que suma nuestra espera, la desdicha de ser solos en la altura, la caridad que abate nuestros cuerpos... de un rojo leve cercano a la misericordia es la vaguada de las desapariciones. Y los colores que ocultan las galaxias y que viven su sueño en nuestros ojos... ¿dónde se irán cuando la luz se cierre, cuando se apague el viento y cesen en su empeño los caminos?

Oigo las voces, contemplo cómo se extinguen las esperas. Siento los roces que propicia la ternura, beso su roce púrpura, cada soslayo que sustenta su existencia. Así llega la tarde con su aroma, con su milagro de distancias recién hecho significando el horizonte de la vida.

Y aún más lejos las sombras de las noches, gira el desprecio en las palabras ciegas y el rencor abandona las estancias. Todos los versos que predije se acartonan debajo de mis párpados indemnes. Hora tras hora se suceden los fracasos. Son litúrgicos sus ecos consumados.

Sobre el silencio la luz luce sus gasas, se retira. Pero recibo a la luna con su nieve impura y el latido de las alas de las aves que dejaron de existir hace ya tiempo. En el entorno del vértigo escojo pétalos de tonos amarillos. Muy lejana de mí suena una música, conduce huellas de pasos extraviados con los que sueño que regreso a la existencia.

Ante mi la nada es sólo amor, definición, mariposa que aletea en sus dominios, muy cerca siempre del olvido y de la muerte.



Antonio Jiménez Millán



Night shadows (Edward Hopper)

Interiores velados. Fotografías en las que alguien mira a través de un cristal que se empaña, contempla la calle donde un hombre va solo y con prisa por alcanzar su refugio. Es el hombre que rehuye la multitud y ama el vacío nocturno de los días laborables; más tarde, verá cómo cambian las luces de la ciudad, cómo se desliza un espectáculo de breves sombras atareadas, insumisas como él a los códigos del tiempo. En raras ocasiones, distinguirá algunos coches moviéndose muy despacio entre hogueras surgidas de la niebla. Ese hombre ha olvidado otros paisajes: al doblar la esquina, mira hacia la ventana y se acuerda de una fotografía de interior, muy antigua, en el margen de una página que ya no acierta a descifrar.

(De *Casa invadida*, 1995)

ANTONIO JIMÉNEZ MILLÁN (Granada, 1954) es profesor titular de Literaturas Románicas en la Universidad de Málaga. Una selección de sus primeros libros de poemas se encuentra en *La mirada infiel. Antología 1975-1985* (Granada, Maillot Amarillo, 1987, 2ª ed. ampliada, 2000). Con *Ventanas sobre el bosque* (Madrid, Visor, 1987) obtuvo el premio internacional de poesía "Rey Juan Carlos I". Posteriormente ha publicado *Casa invadida* (Madrid, Hiperión, 1995) y ha obtenido el premio internacional de poesía "Ciudad de Melilla" (2002) con el libro *Inventario del desorden* (Madrid, Visor, 2003). Es autor de los ensayos *Los poemas de Picasso* (1983), *La poesía de Rafael Alberti* (1984), *Vanguardia e ideología* (1984), *Poesía catalana contemporánea* (1993), *Entre dos siglos. Estudios de literatura comparada* (1995), *Poesía gallega contemporánea* (1996, en colaboración con Luciano Rodríguez), *Madrid, fin de siglo. Modernismo, bohemia y paisaje urbano* (1998), *Promesa y desolación. El compromiso en los escritores de la generación del 27* (2001), *Amor y tiempo. La poesía de Joan Margarit* (2005), *Poesía hispánica peninsular (1980-2005)* (2006). Ha realizado ediciones críticas de la de la novela de Louis Aragon *Aniceto o el panorama* (Madrid, Cátedra, 1989), de la obra literaria de Pablo Picasso (*Poemas y declaraciones*, Málaga, 1990) y del libro de Luis Cernuda *Donde habite el olvido* (Madrid/ Málaga, Residencia de Estudiantes/ Centro Cultural de la Generación del 27, 2003). Coordinó los números monográficos de **Litoral** Jaime Gil de Biedma. *El juego de hacer versos* (en colaboración con Luis García Montero y Álvaro Salvador, 1986), *Luis García Montero. Complicidades* (1998) y *José Manuel Caballero Bonald. Navegante solitario* (2006). Fue profesor invitado en las universidades de Rennes y Aix-en-Provence.

Lugar de la memoria

Unas fotografías de la guerra civil. En la Estación del Norte, los hierros calcinados de un vagón se yerguen sobre los raíles, se recortan sobre las fachadas de edificios que dejan ver las huellas de los bombardeos. Hay niños que leen en los túneles del metro, mujeres a cubierto del frío y las alarmas. Una ambulancia esquiva el cráter de un obús. A veces la memoria es un filo cortante; son los refugiados de una ciudad en guerra, los supervivientes, los perdedores.

Aviso sigiloso de la muerte, el sepia de las fotografías.





Aniversarios

El 11 de septiembre de 1973, cumplí diecinueve años. Acababa el invierno en Santiago de Chile. Los aviones atacaron el Palacio de la Moneda y en las calles se impuso un silencio interrumpido solamente por órdenes y descargas de fusil. En la pantalla, vampiros de uniforme gris, gafas oscuras: las viejas alimañas del terror volvieron a instalarse en las sentinas de una historia amarga.

El 11 de septiembre del año 2001, cumplí cuarenta y siete. Otros aviones cruzaron la mañana limpia de Nueva York, hacia las Torres Gemelas. Una nube asfixiante de humo negro avanzó por las calles de Manhattan, envolviendo a los vivos y a los muertos sepultados bajo los escombros.

Y todos, militares traidores, terroristas suicidas, actuaban en nombre de su dios.

Ahora, al pasar de los cincuenta, tengo la sensación de haber sobrevivido a insidias más cercanas, al azar siniestro y también a mis propios hábitos. Es como si las alas de aquel ángel que pintara Paul Klee, el ángel arrastrado por un huracán, me nublasen la vista mientras las voces familiares dicen: feliz aniversario, que cumplas muchos más.

Miserias

*“Lo cretino, en ti,
No excluye lo ruin.”*

Luis Cernuda

Dijo que iba a escribir la mejor novela del siglo, pero nadie supo de qué siglo hablaba. Pensaría, quizás, en un futuro hecho a su medida, en un lector de puntos suspensivos y exclamaciones vacuas. Absorto en su delirio, tachaba de fascista a todo aquel que no se aviniera a sus extraños cánones, fue incubando un rencor espeso y se nombró a sí mismo guardián de la ortodoxia, comisario de la revolución pendiente. Exabruptos, calumnias, un cúmulo de frases sin sentido: ése fue su bagaje durante muchos años. La prosa de su vida.

Dogmático y nervioso, un día se sintió malherido en su orgullo. Como el cínico que niega las ofensas, puso un gesto de víctima. Entonces le valieron esas instituciones tan burguesas, tan denostadas antes, y ya no le hizo ascos a la moral neocapitalista. Se le vio por pasillos de juzgados, le crecieron más sombras en su cara de viejo resentido. Y al final, lo de siempre: limosna para un pobre, y mucho ruido inútil. En torno a él las voces de los conjurados, sus semejantes, dejaban un poso de mediocridad, de estupidez malsana.



Juan Cobos Wilkins



(Fotografía de Enrique Fernández)

Nacimiento del río Tinto

Si tomo una granada, ésta, y abierta en su panal la herida, la acerco, y más: frutece cuando su semiesfera viva hundo en el sexo -evidentísimo- del ángel, habrá una dulce menstruación, arroyo, mapa rojo por el muslo tan virgen resbalando que, turbado, quien habita la escena ofrendará su verbo en tierra y en el ara, seminal lacre, se licuará esa lengua. Mas, exiliada en su propia belleza, se sabe estéril. Casi estéril.

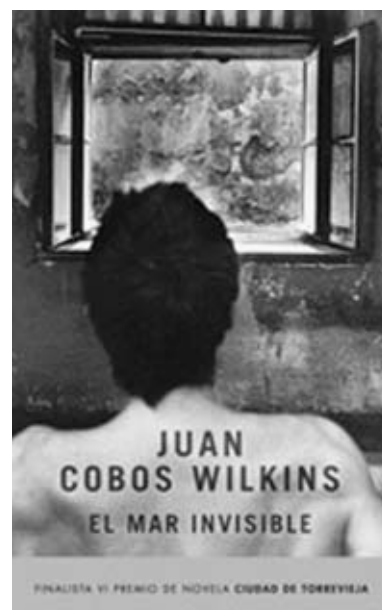
(De *Diario de un poeta tartesso* -1990-)

JUAN COBOS WILKINS ha sido director de la Fundación y Casa-Museo del Premio Nobel Juan Ramón Jiménez y codirigió el Aula de Poesía de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. Durante años ha ejercido la crítica literaria y teatral en diversos medios de comunicación especializados (*El País*, *Turia...*), de los que es habitual colaborador. Traducido al inglés, francés, alemán, italiano, portugués, búlgaro..., incluido en numerosas antologías y estudios de literatura española contemporánea, ha sido galardonado, entre otros, con los siguientes premios: El Público y Ciudad de Torrevieja, de novela; Gil de Biedma, de poesía; NH, Ciudad de Huelva y José María Morón, de relatos; Instituto de Cinematografía y Artes Visuales, de guiones cinematográficos. *El corazón de la tierra* es el título de su primera novela, respaldada por la crítica, seguida por millares de lectores y llevada al cine por Antonio Cuadri en una gran coproducción internacional que se alzó con el Premio a la Mejor Película en el Festival de Cine Latino de Los Ángeles. Su segunda novela, *Mientras tuvimos alas*, obtuvo el prestigioso premio de El Público, como mejor novela del año 2004, y *El mar invisible*, la última hasta el momento, ha sido la Finalista del Premio Ciudad de Torrevieja y del Premio de la Crítica de Andalucía. Todas ellas publicadas en la editorial Plaza y Janés. También ha publicado relatos, recogidos en el volumen *Siete parejas y un solitario* y el libro de investigación *La Huelva británica*, así mismo es autor de la biografía: *Álbum de Federico García Lorca* (edición especial conmemorativa del centenario del poeta) Y su obra poética suma, entre otros, los siguientes libros: *Espejo de príncipes rebeldes*, *Llama de clausura*, *Escritura o Paraíso*, y las antologías, *La imaginación pervertida*, *A un dios desconocido* y *Huella en las hojas*. Tras once años sin publicar poesía, en otoño de 2009 aparecerá su nuevo libro: *Biografía Impura* (Editorial Vandalia). Nacido en la localidad onubense de Riotinto, de la que es Hijo Predilecto, ha sido distinguido por la ciudad de Huelva con la Medalla de la Letras.

Poeta

Mi madre me enseñó el nombre del mínimo universo reflejado en la cabeza negra de su alfiler. Por ejemplo, las constelaciones, las galaxias escarchadas en el interior de la cebolla y ésta dividiéndose en capas como las eras geológicas de la Tierra. Luego, la dulce cárcel de vidrio donde: la cabeza seccionada del ángel, las alas partidas del ángel, el cuerpo desgarrado del ángel, el antiguo zarcillo de cobre, el caballito de mar, la estrella de anís, la rizada vela rosa de cumpleaños, la mariposa detenida en su muerte. El resto, es la aventura.

(De *Diario de un poeta tartesso* -1990-)





Del funambulista

Era muy fácil si Genet lo miraba. Deslizarse por la arista finísima, afilada, de un triángulo de cristal, isósceles. Equilibrar la muerte sin gravedad de vértigo a la muerte ingrávida sin acceder al vuelo. Romper tanta armonía ya, desgarrarla como tul celeste de los senos de una cortesana, eso era la vida: escuchar allá arriba alguna -la que fuese- palabra: era la vida: “Sentirme la palabra ascender flotando.” Hasta posarse no como una golondrina y sí como una pinza de la ropa en el alambre. Sería la vida cualquier sonido: “Mi nombre pronunciado allá abajo.” Su nombre en un grito: quebrando, escarcha pisada, el silencio expectante de la multitud. Un grito suyo; un nombre, el suyo. “El mío, grabado por mí en ese magnetófono oculto bajo su asiento.” Que hoy -¿por qué?- permanece no ocupado, vacío.

Desequilibrio o vida.

Una estrella.

“Pero sería...”

Una estrella de mar.

“Pero sería más fácil...”

Una estrella de mar dibujada.

“Pero sería más fácil si Genet...”

Una estrella de mar dibujada en el suelo.

“Pero sería más fácil si Genet me mirara.”

En el suelo

Desequilibrio fue la vida.

¡En el suelo!



(De *El suicidio como una de las bellas artes* -1990-)

Ladrón de la melancolía

Cuando giran veloces las bicicletas sus radios plateados roba para mí ladrón de la melancolía nuestra fugacidad: esa rosa metálica cuando giran veloces las bicicletas sus radios plateados por las nubladas avenidas de los parques por orillas de un mar que de otro mar no fue roba ladrón de la melancolía para mí la tormenta la lluvia en esas encarnadas botas de goma del niño cuando estrella contra el cuaderno escolar la gota de tinta como un erizo en el asfalto atropellado: cárcel para el ladrón que indujo al hurto del olvido y cadena perpetua a la memoria si giran veloces las bicicletas sus radios plateados por la nostalgia robada a esta agonía sin fin a esta agonía saqueada y sin fin que es escribirme.

(Inédito -2008-)



Juan Carlos Mestre



Póliza

Señor Fiscal del Distrito: No trate de persuadirnos. Detrás de esta puerta los inquilinos nos hicimos fuertes en la refriega contra la subida de tasas. Sobrevivimos a la ley seca y las inundaciones del año treinta. Los comunistas nos arreglaron el tejado y pintaron la cerca. Durante decenios hemos alimentado varias generaciones de gusanos de seda, abasteciendo con manzanas los supermercados de Newton. Padecemos la cacería de brujas, salimos huyendo de las congregaciones marianas. A juicio de los practicantes la guerra con los incrédulos es un asunto de días. ¡Cómo vamos a ser optimistas! Las lágrimas de los predicadores han entrado en un callejón sin salida y en el estadio de béisbol los cráneos de los caracoles secos se lanzan sin paracaídas. Vivimos con el agua al cuello, nos duchan con gasolina. Hemos cumplido cada crucifixión al pie de la letra, primero una mano, luego la otra. Nos tratan como a las ocas blancas del domador de caballos, delincuentes cuyo índice de audiencia está que se desploma. Nadie ha abandonado este edificio desde la Guerra de Secesión. Algún derecho debe asistirnos a los sobrevivientes del pararrayos.

JUAN CARLOS MESTRE (Villafranca del Bierzo, León, 1957), poeta y artista visual, es autor de los poemarios *Siete poemas escritos junto a la lluvia* (1982), *La visita de Safo* (1983), *Antífona del Otoño en el Valle del Bierzo* (Premio Adonais, 1985), *Las páginas del fuego* (1987), *La poesía ha caído en desgracia* (Premio Jaime Gil de Biedma, 1992) y *La tumba de Keats* (Premio Jaén de Poesía, 1999), libro escrito durante su estancia como becario de la Academia de España en Roma. Su obra poética entre 1982 y 2007 ha sido recogida en la antología *Las estrellas para quien las trabaja* (2007). De reciente aparición es *La casa roja* (2008), su última entrega poética. Ha realizado las antologías sobre la obra poética de Rafael Pérez Estrada, *La palabra destino* (2001), y *La visión comunicable* (2001) de Rosamel del Valle, además de la edición comentada de la novela de Enrique Gil y Carrasco, *El señor de Bembibre* (2004); asimismo, es autor de *El universo está en la noche* (2006), libro de versiones sobre mitos y leyendas mesoamericanas. En el ámbito de las artes plásticas ha expuesto su obra gráfica y pictórica en galerías de España, EE.UU., Europa y Latinoamérica. De su diálogo con la obra de otros artistas y poetas han surgido, entre otros, los libros *Piedra de Alma*, con José María Parreño, *Crónica de amor de una muchacha albina*, con Rafael Pérez Estrada, *Emboscados*, con Amancio Prada, *Bestiario apócrifo*, con Álvaro Delgado (2000), *Enea y los gatos*, con Javier Fernández de Molina (2002), *El Adepto*, con Bruno Ceccobelli (2005), *Arde la oscuridad*, con Alfredo Erias (2007) y *Los sepulcros de Cronos*, con el escultor Evaristo Bellotti (2007). También ha editado numerosos libros de artista, como el *Cuaderno de Roma* (2005), versión gráfica de *La tumba de Keats*, y acompañado con sus grabados poemas de Antonio Gamoneda, Diego Valverde, Miguel Ángel Muñoz Sanjuán, Gonzalo Rojas... Su colaboración con otros creadores y músicos como Amancio Prada, Luis Delgado, Hugo Wester Dahl o José Zárate, ha sido recogida en varias grabaciones discográficas.

Alocución en la academia de los botones chapados

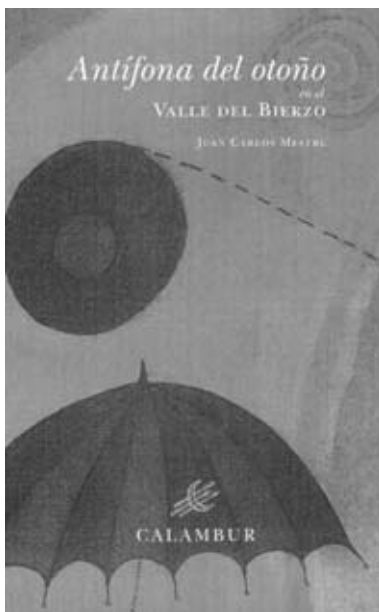
Sastres y compatriotas: Ya lo dijo el marxismo: lo más parecido a lo igual es casi siempre lo mismo. Toda precaución es poca tratándose de los burghueses, apenas pedimos pan nos multiplican los peces. Arriba la inspiración, los utópicos cambiarán de chaqueta con renovada ilusión. Cuanto falte por sufrir de regalo queda al demonio, compota con estramonio de mármoles y laureles. Se acabaron los bedeles que iban por la estepa solos. Gracias os doy a todos, fantasmas en general, voy a concluir leyendo un trocito de *El Capital*: *La chaqueta es un valor de uso que satisface una necesidad específica. No se cambia una chaqueta por una chaqueta. A la chaqueta, por lo demás, tanto le da que quien la vista sea el sastre o su cliente. La relación entre la chaqueta y el trabajo que la produce tampoco se modifica, en sí y para sí, por el hecho de que la ocupación sastreril se vuelva profesión especial, miembro autónomo de la división social del trabajo. Supusimos que la chaqueta valía el doble que el lienzo. Pero ésta no es más que una diferencia cuantitativa, y por el momento no nos interesa. Recordemos, pues, que si una chaqueta vale el doble que 10 varas de lienzo, la magnitud de valor de 20 varas de lienzo será igual a la de una chaqueta. En su calidad de valores, la chaqueta y el lienzo son cosas de igual sustancia, expresiones objetivas del mismo tipo de trabajo. Si se mantiene inalterada la fuerza productiva de todos los trabajos útiles requeridos para la producción, digamos, de una chaqueta, la magnitud de valor de las chaquetas aumentará en razón de su cantidad. Si una chaqueta representa equis días de trabajo, 2 chaquetas representarán 2 equis, etc. Pero supongamos que el trabajo necesario para la producción de una chaqueta se duplica, o bien que disminuye a la mitad. En el primero de los casos una chaqueta valdrá tanto como antes dos; en el segundo, dos de esas prendas sólo valdrán lo que antes una por más que en ambos casos la chaqueta preste los mismos servicios que antes y el trabajo útil contenido en ella sea también ejecutado como siempre. Pero lo cierto es que para expresar en términos relativos el valor de la chaqueta debo invertir la ecuación, y al hacerlo es el lienzo, en vez de la chaqueta, el que pasa a ser el equivalente. Esto demuestra, simplemente, que la chaqueta, puesta en el marco de la relación de valor con el lienzo, importa más que fuera de tal relación, así como no pocos hombres importan más si están embutidos en una chaqueta con galones que fuera de la misma.*





Según Duchamp

En el envés de cada hoja de helecho hay un hotel de pelotas de golf. Según Duchamp no consta que en el inventario provisional del miedo figure el paraninfo del minotauro. Sí constan los pies de María Antonieta gorriones de Francia caminando sobre la nieve hacia el cadalso de oro. Consta su pudrición y tristeza. La comprensión del crimen es otra forma más exacta de crimen. Según San Mateo el arte nos prepara para las nubes y el purgatorio sigue siendo una sala de espera. Hasta donde sé después de la muerte no hay nada, ni la catástrofe ni el excremento. No te enamores del sol, cuélgalo en la pared como un cuadro y míralo hasta desfallecer. Contra todo pronóstico también las estatuas transcurren, una dinastía de reyezuelos absurdos que se apuñalan en los termómetros. Algunos pensamientos crecen hasta la cintura y los alumnos ebrios se besan con los devoradores de bocas en la frontera del profesor de la noche. Todo cometa es el marchante de un cóctel. En primer lugar se indaga lo escondido, las liberaciones de la posteridad en el almacén religioso. Se admira la cabeza del tigre y su peón diplomático. Se acoge el razonamiento del feligrés de buhardilla que abomina de Buckingham Palace. Según los menús turísticos el apetito por la belleza equivale a una gota de benedictine. Sólo la metafísica del individuo mayor, sólo la relatividad del romanticismo, podrá establecer una relación absoluta entre la conciencia del cisne y los preservativos usados por un ángel. Coleccionamos vidas, coleccionamos noches, aguas mercuriales en gavetas de velocidad transparente.



Prosa de las criaturas

Sin preocuparse mucho ni poco la escopeta de agua mineral se sienta sobre el arroz con leche. Al borde de la autopista los recogepelotas ladean la cabeza y los corazones picados por la viruela se llenan de sábanas tendidas y molinillos de café. Desde algún lugar del mundo los carteros traen palabras que abrazan a los vecinos, cobran deudas a los hermanos, hacen llorar a las madres. Sin preocuparse mucho ni poco quienes amaban a una mujer comienzan a amar a un albatros. En los hoteles de dos estrellas, en la alcaoba de los zapatos muertos, el soltero del abrigo baila charlestón con la Venus de Milo. Bajo el tocadiscos del obelisco hay una gasolinera para golondrinas y un ramo de novia con aroma a guillotina francesa. Sin preocuparse mucho ni poco los carteros recorren las cremalleras y el lobezno adiestrado por la nieve de las seis de la tarde languidece sus hojas de trébol entre papeles secantes. El amor sin oficio mide la cintura a la virgen de agosto, los cazadores reciben la renovación de sus permisos de armas. Sin preocuparse mucho ni poco, la hilandera de las rosas de yodo cambia el agua que se pudre sobre las lápidas, el maravedí de mayo pone un poco más alta la radio. Desde algún lugar del mundo los carteros cruzan la Tierra con las promesas de infancia, su silbato perfora la meditación que sustenta al suicida, soplan en el rescoldo de los amantes. Sin preocuparse mucho ni poco se alejan bajo la canícula, cruzan por Trienio Liberal esquina con Espíritu Santo, indecisos, irrevocables, van a desembocar en la Enciclopedia Británica.

(Poemas de *La casa roja*)



José Fernández de la Sota



JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA SOTA (Bilbao, 1960). Ha publicado los libros de poesía *Te tomo la palabra* (1989), *La gracia del enano* (1994), *Esto no es un soneto* (1996), *Todos los santos* (1997, Premio Antonio Machado en Baeza y Premio Euskadi al mejor libro del año escrito en castellano por un autor vasco), *Lugar de paso* (2001), *Material de construcción*, 2004, Premio Jaén de Poesía) y *Cumbre del mar* (2005, Premio Valencia de Poesía). Como narrador es autor de los libros de relatos *Elefantes blancos* (1997), *Negrita con diamantes* (1998) y *Suerte de perro* (2005)

Consejos contra el viento

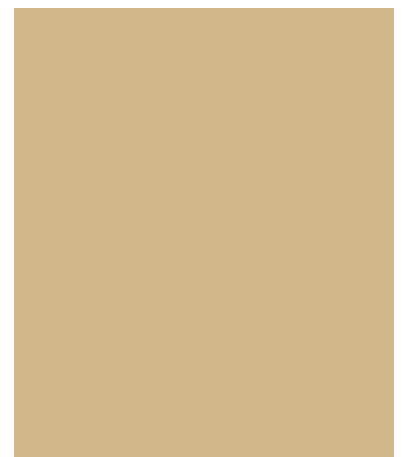
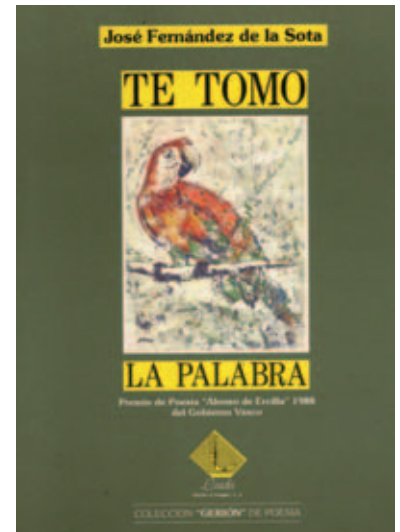
A Ramiro Pinilla

Mejor no hablar. Hace viento. El viento no tiene nada que perder. El viento es aire que mueve el aire. Será mejor callar porque hace viento. Con la boca cerrada contra el viento. Mejor callar entonces. Hace viento. Pero el viento desnudo, el exiliado aire perdido, pobre de solemnidad, el aire que no tiene donde caerse vivo, el aire con su inútil libertad, date cuenta (hace viento), con su cielo invisible eclipsado por el vuelo del águila, emborronado por el vuelo minúsculo de una modesta mosca (de una mosca minúscula y molesta), el viento, digo, (dices, te lo dices), el aire de repente es capaz de arrancarte la voz, de pronto el viento puede desnudarte. Tenazmente levanta los tinglados, arrasa las cosechas. Borra tu rastro. No hay tejado que aguante la venganza del viento. Airadamente el viento se levanta, no pide la palabra, se lleva las palabras y las cosas, los años, las ganancias, los recuerdos, los trenes. De modo que conviene prepararse, créeme: desprenderse no puede ser tan malo. Vaciar la despensa. Tenerse casi solo. Apropiarse. Expropiarse. Hacerse aire. Airearse. Regalarse. Guardar lo más valioso a la intemperie. Mejor tener sólo cosas que nadie pueda quitarte.



Y cómo siendo tan delgado pudo

Y cómo Pedro Casariego pudo –me digo una vez más- flaquear viviendo encima de un tejado blanco y debajo de un cielo completamente azul. Desayunando un zumo de naranja. Fumando un cigarrillo. Echando humo. Amando. Durmiendo cerca de la felicidad. Cómo el hombre delgado flaqueó si es que fue flaquear lo que hizo. Si es que el tejado blanco no era blanco. Si es que el azul del cielo era pintado. Si es que el zumo de naranja era ácido y sólo el cigarrillo no le estaba matando lentamente.





Valemos menos que nuestras palabras

Vulnerables, fungibles, sumergibles y frágiles. Lo somos. Mercancía abundante y delicada. No importa. Porque todo da igual, damos igual, nos dan, nos toman, nos apuntan, nos borran. Nos llevan y nos traen. Nos arrojan al arroyo o al fuego. Somos muchos. Nos hundimos y no nos ahogamos. Nos queman y no ardemos. Somos muchos. Millones. Demasiados. Valemos menos que nuestras palabras.



Alguien

Alguien que no desea estar mañana aquí. Alguien que quiere irse a otro lugar. Alguien que no se va. Alguien que ha renunciado a marcharse. Alguien que pasa. Alguien muy quieto. Nadie. Alguien que no responde. Alguien que se levanta con los ojos cerrados y dentro de la cama abre los ojos. Ciego. Alguien que no quisiera haber estado. Estado de otro modo, de otra suerte. Estado en otra parte, en otro cuerpo. Alguien que echa de menos otra muerte.



Jorge Riechmann



(Fotografía de M. Beltrán)

Sólo el amor puede juzgar

No se puede condenar a una rana por carraspear y atragantarse en lugar de croar poderosamente. No se puede condenar a un hombre por cabecear y quedarse adormilado en el vértice de una noche rabiosa. No se puede condenar más que a los envenenadores, a los falsificadores de cereal, a los milites carcelarios, y a estos hay que condenarlos sin ambages y con una salud de las que parten montañas. A sabiendas de que cometemos injusticia por desamor. A sabiendas de que ciertas injusticias es necesario cometerlas.

(de *Poesía practicable*)

JORGE RIECHMANN (Madrid, 1962) es poeta, traductor literario, ensayista, doctor en CC. Políticas por la Universidad Autónoma de Barcelona, profesor titular de filosofía moral en la Universidad de Barcelona y vicepresidente de la asociación Científicos por el Medio Ambiente (CiMA). Durante el curso 2008-2009 enseña como profesor invitado en la Universidad Complutense de Madrid. Desde que en 1987 ganó el II premio Hiperión y publicó gracias a ello su primer libro de poesía, *Cántico de la erosión*, se han sucedido sus poemarios hasta *Conversaciones entre alquimistas* (2007) y *Rengo Wrongo* (2008). Reunió una amplia muestra de sus poemas en prosa en la antología *Un zum-bido cercano* (2003). Entre sus últimas obras publicadas destacan además el libro de filosofía ecológica *Biomimesis* (2006), la traducción de René Char en *Poesía esencial* (2005), los ensayos sobre poética de *Resistencia de materiales* (2006) o el "diario de trabajo" *Bailar sobre una baldosa* (2008).

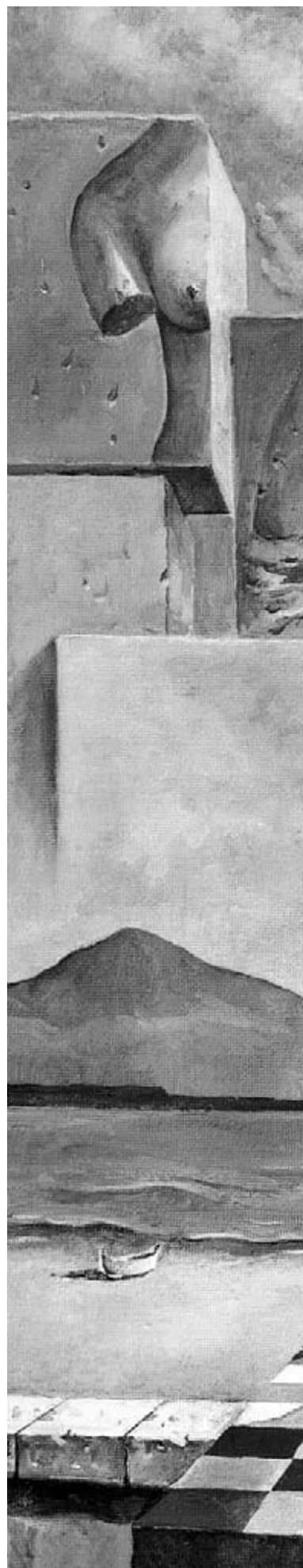


No tiene doble fondo

para Gustavo Martín Garzo

1. Todos estamos mancos en el mundo; la mayoría de los seres humanos no se dan cuenta; la mayoría de quienes se dan cuenta son incapaces de aceptarlo.
2. El enigma de la vida no es lo acabado, lo consumado, lo pleno, sino lo imperfecto. Malhaya quien se obstina en perseguir la perfección, pues la vida le escapa, la vida y su enigma.
3. No tiene doble fondo porque no tiene fondo.
4. Imágenes persiguen a imágenes que persiguen a imágenes. El espesor de las pantallas de televisión disminuye constantemente, su brillo y superficie aumentan, el prisionero olvida que alguna vez deseó escapar. No tiene doble fondo porque no tiene fondo.
5. Es asunto de preferencias y de expectativas, me diréis. Es asunto de vida que se debate en un tremedal de hidrocarburos, en una imparcialidad de quirófano, en un interminable chapaleo hertziano, creo que os contestaría. Todos estamos mancos en el mundo, pero ninguna herida puede resumirse a conocimiento categorizable.
6. En poesía no se puede ni hablar por hablar, ni hablar por el placer de escucharse a sí mismo. El breve tiempo y la demasiada muerte nos vedan tales frivolidades. El soliloquio me parece esencialmente no poético: en poesía todo se extrema hacia el tú.
7. Todo ocupa un lugar: también la palabra prescindible. Para ocupar el suyo, la palabra prescindible ha desplazado o bien a la palabra sustancial, o bien al silencio. Eso es intolerable.
8. No estoy hablando de buenos sentimientos. Estoy hablando de las caderas de la mujer que no dejaba de estornudar en pleno verano, o del paso del hombre frágil que cuando cruzaba la calle iba exponiéndose en cada movimiento.
9. La lumbre del despertar, para quien no persigue el cristal helado cuya absoluta transparencia hechiza.
10. Para éste la sal del sudor, la dulzura del pan compartido y la sumergida incandescencia de la sangre.

(de *Desandar lo andado*)





Acogedor

para los dos Antonios –Orihuela y Méndez—,
que siguen dialogando en mi imaginación

Hospitalidad del café anónimo. El café de los paseantes friolentos, de los amantes embebecidos, de las muchachas solas, de los galanes pelmazos, de los negociantes absurdos, de los escritores sin éxito, de las amigas ancianas, de los vendedores desfallecidos, de los remendadores de imposible, de las lectoras abismadas, de los mendigos de su propia muerte, de los perros tranquilos (¡ah, sí, esos cafés donde se admiten perros!). El café cálido, acogedor, lento, espeso. El café donde pedir un *café crème* al *garçon* aunque éste sea zaragozano o del barrio de Chamberí; y donde reírse sin azoro de los terribles locales “a la última”, con su lúgubre juego de apariencias.

El café se nos va llenando de parroquianos a medida que avanza la tarde, de manera que en las horas álgidas se mezclan simultáneamente cien conversaciones diferentes, y media docena de silencios. Hay veces en que me parece percibir *materialmente* cómo empiezan a combinarse entre sí esos cien discursos –y los silencios—, cómo se entrelazan y se persiguen y se esquivan y se acuerdan, hasta acabar formando una sola frase indecible, que sería sin duda una promesa.

En la tradición judía, el nombre de Dios es la yuxtaposición de todas las palabras de la lengua, y cada palabra no es más que un fragmento desprendido de ese nombre. No hay que volar tan alto para recoger, entre las gastadas mesas del café, la intuición de una socialidad humana cualitativamente diferente, más fraterna y más libre.

(de *Conversaciones entre alquimistas*)



Rimbaud, el monstruo

para Miguel Casado

Un niño que es padre. Un charco del que nacen ríos continentales. Una conífera cuyo esperma fecunda aves, fantasmas y serpientes. La mirada de esos ojos glaucos, a la vez penetrante y extraviada, nos asombra pero no deja de inquietarnos. De una mano a otra pasa un testigo que abrasa las estaciones de su recorrido. ¿Quién cree que lo ha visto?

(inédito)



Vicente Valero



VICENTE VALERO (Ibiza, 1963) Ha publicado los libros de poemas: *Jardín de la noche* (El Serbal, 1987); *Herencia y fábula* (Adonais, 1989); *Teoría solar* (Visor, 1992); *Vigilia en Cabo Sur* (Tusquets, 1999); *Libro de los trazados* (Tusquets, 2005) y *Días del bosque* (Visor, 2008). Por este último recibió el Premio Internacional Fundación Loewe. Y las siguientes obras en prosa *La poesía de Juan Ramón Jiménez* (Andros, 1988); *Experiencia y pobreza. Walter Benjamin en Ibiza, 1932-1933* (Editorial Península, 2001); *Viajeros contemporáneos* (Pre-textos, 2004) y *Diario de un acercamiento* (Pre-textos, 2008).

La prueba

Hasta mirar significa aquí partirse en dos, desmoronarse. *No puede ser nuestro este paisaje que se entrega, al sol, como un cadáver más.* ¿Cómo ha llegado el fuego a tomar forma de nopal o de adelfa? Luego de haber reconocido el hontanar de nuestros antepasados, con su laurel lleno de insectos y sus cántaros rotos, tuvimos que buscar la manera de salir de aquí. Mediodía de agosto. Las sombras queman, se hunden cada vez más. Y el sol, este sol hipnótico, oracular, que crece entre nosotros, nos hace confundir el tiempo que nos queda con el olor de las raíces arrancadas. (Un perro ladra en el torrente seco desde entonces.) Mediodía cerrado a cal y canto. *Esta sed sí que es nuestra.*

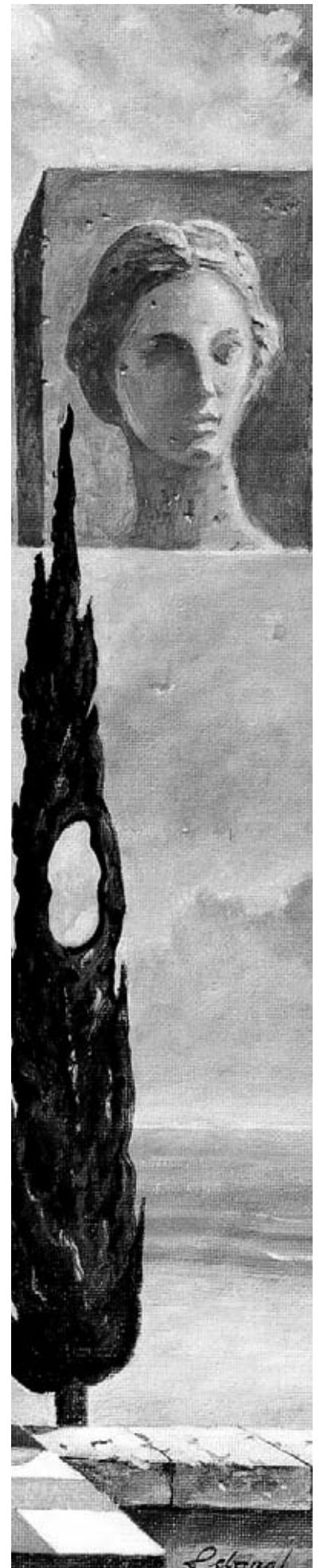
(De *Vigilia en Cabo Sur*, 1999)



Humo adentro

Al empezar a arder, y con el tedio íntimo de este lugar, el día dibuja sombras huecas en el paisaje: muros de piedra, animales dormidos, bancales arrasados, islas... Bajo el árbol de agosto todavía, intentamos salir, una vez más, de aquí -de nuestro precipicio para dos, lleno de adelfas rojas, blancas-, pacientemente, y sin hacer ruido. ¿Hay más, entre nosotros, a punto de ser visto o escuchado, en este lado nuestro, incompatible? Entre el humo y las risas súbitas, con la sospecha de haber estado aquí hace más de mil años, pisamos sólo el polvo de nuestros espejismos: la lluvia le arrancará a la tierra sus secretos: saldrán monedas, ropas, esqueletos con todos sus ajuares, cisternas... Hay sol en cada una de las ciruelas podridas del bancal, en cada rama rota, en todas y cada una de las olas que escuchamos: tanto sol que resulta difícil recordar lo que alguna vez supimos, por dónde hemos llegado -o para qué. Al empezar a arder, y con el tedio íntimo de este lugar, el día marca con sombras huecas sus propios límites. Lo que hemos visto y lo que no hemos visto, encaramándonos en silencio una y otra vez, conforman por igual nuestra esperanza. Los asfódelos crecen junto a la casa en ruinas todavía y nada significan por ahora. Yo, mientras, bebo de una botella que me dieron los ahogados del viejo *Cabo Sur*, aquella misma tarde... La sed quema y rompe mis encías: trago salitre y sangre, viento, alcohol, raíces, olas. ¿Hay más o sólo lo parece, me lo parece a mí, ebrio de sol, envuelto en humo, contigo, amor, y delirando? Oigo la voz llena de insectos del mediodía. Veo que el mar tampoco ha conseguido aprender otro camino: llega completamente exhausto hasta nosotros. (Las ratas se acercan, en secreto, hasta la orilla, y muerden a las tortugas enfermas.) Entretanto, los muertos han dejado sus redes podridas en la playa. Y a la pregunta de si vale la pena ir a buscarlas, tú nunca respondes, tú te levantas desnuda para bailar un poco, tú te recoges el pelo una vez más y callas, tú tienes -creo- algo que decirme, pero prefieres sonreír. ¿Dónde está el tiempo (ahora) que nos queda? El sol nos da en la cara y no nos ilumina. Del árbol de la revelación cuelgan húmedas las botas, las toallas. Somos dos sombras más en el paisaje: dos sombras más que se confunden y acaban transformándose en una, con la bruma del mediodía y el humo blanco de nuestros deseos. Todo está quieto ahora y la salida empieza a oírse sin oírse, empieza a verse sin poder ser vista -no es un olor y sin embargo apesta de verdad. ¿Hay más en este lado de aquí, entre nosotros, a punto de ser dicho, *todavía*? El tiempo es un espejo roto, donde se mira el sol. Pisamos, con los pies descalzos, la ceniza, las grietas afiladas, y nos reconocemos. Cuando te doy la mano, amor, y caminamos sobre el cuerpo extendido y lleno de cristales de la espera, entre las aves sucias de nuestro paraíso, digo que sí, que hay más, y el humo crece y crece, y sube en círculos hasta el infinito... El tiempo que nos queda está en el humo, pero el camino del humo no podrá nunca ser el nuestro. Todo está quieto ahora que nos encaramamos, una vez más, a solas, con toda nuestra gran sed a cuestas, intentando no perder nunca más el equilibrio. (El río seco y roto en mil pedazos baja lleno de piedras blancas, rojas.) Y a la pregunta de si vale la pena haber venido, tú nunca respondes, tú bailas para el sol siempre desnuda, cierras los ojos, te das la vuelta y entras en el mar. Todo está quieto sin descanso. Todo está quieto y contenido en la pereza del mediodía, bajo el árbol de agosto, pero tratando ahora de decir sí.

(De *Vigilia en Cabo Sur*, 1999)





Mis manos en este bosque

Mis manos también tienen su visión propia del bosque, han aprendido a abrir las páginas ocultas, a leer en ellas los textos invisibles. Palpan la oscuridad y la temperatura, el miedo y la esperanza.

Mis manos acarician el milagro del nido, su membrana nocturna. Acarician el aire que exhalan las raíces, la fuerza de los frutos nuevos, el rastro húmedo y transparente de los caracoles.

Tocan la luz pobre del musgo y el pálpito seco de las ramas rotas. Tocan la edad de la corteza y la consistencia de la resina. Tocan la humedad del color verde y el aliento oscuro de los escarabajos.

Acarician también los ojos del animal muerto y palpan en su mirada la sombra azul de todos los caminos, el agua deseada. Acarician el pulso fértil y sin descanso de su descomposición.

Mis manos hablan entonces otro idioma: el que aprendieron palpando la textura del bosque, su misterio tangible.

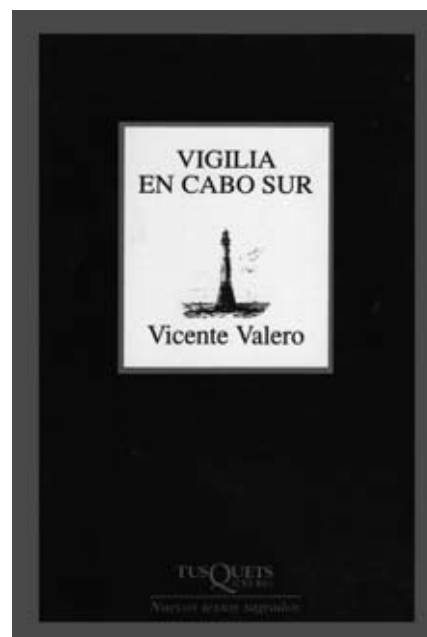
(De *Días del bosque*, 2008)

Primer desenlace

(Amanecer en Patmos)

Para empezar a ser, una vez más, esta mañana, *aquí*. (Sombras aún bajo este cielo posible, indiferente). Árboles cada vez más amanecidos, donde el pájaro dice no solamente el sol, sino la luna a medio huir. Encaramarse para ir descubriendo, una vez más, para empezar a ver más claro. Bajar al mar. (Con toda la noche auestas: sombras aún hacia ninguna parte). Inventar un camino. Por donde las adelfas, los gatos húmedos, las granadas resecas. Ah, cada huella será después humo de julio, ascua silenciosa a la espera, mapa del fin del mundo. Ver, saber ver entre los bancales dormidos. (Nada que no sepamos, pero todo lo que necesitábamos recordar). Palpar entonces las raíces: ásperas y oscuras como presentimientos. Y más allá por fin la roca negra, con sus algas perpetuas, con sus espumas abrasadas. ¿Para ganar a nado la promesa de tanta claridad? Bajar al mar por el camino que aún no vemos.

(Inédito)



Manuel Vilas



(Fotografía de Daniel Mordzinski)

Mujeres

No las ves que están agotadas, que no se tienen en pie, que son ellas las que sostienen cualquier ciudad, todas las ciudades. Con el matrimonio, con la maternidad, con la viudedad, con los golpes, ellas cargan con este mundo, con este sábado por la noche donde ríen un poco frente a un vaso de vino blanco y unas olivas. Cargan con maridos infumables, con novios intratables, con padres en coma, con hijos suspendidos. Fuman más que los hombres. Tienen cánceres de pulmón, enferman, y tienen que estar guapas. Se ponen cremas, son una tiranía las cremas. Perfumes y medias y bragas finas y peinados y maquillaje y zapatos que torturan. Pero envejecen. No dejan las mujeres tras de sí nada, hijos, como mucho, hijos que no se acuerdan de sus madres. Nadie se acuerda de las mujeres. La verdad es que no sabemos nada de ellas. Las veo a veces en las calles, en las tiendas, sonriendo. Esperan a sus hijos a la salida del colegio. Trabajan en todas partes. Amas de casa encerradas en cocinas que dan a patios de luces. Sonríen las mujeres, como si la vida fuese buena. En muchos países las lapidan. En otros las violan. En el nuestro las maltratan hasta morir. Trabajan fuera de casa, y trabajan en casa, y trabajan en las pescaderías o en las fábricas o en las panaderías o en los bares o en los bingos. No sabemos en qué piensan cuando mueren a manos de los hombres.

MANUEL VILAS (Barbastro, 1964) es autor de los siguientes libros de poemas: *El rumor de las llamas* (Olifante, Zaragoza, 1990), *El Cielo* (DVD, Barcelona, 2000), *El Nadador. Poesía, 1988-2002* (Ateneo Obrero de Gijón, 2003), *Resurrección* (Visor, Madrid, 2005, XV Premio Internacional de Poesía Jaime Gil de Biedma), y *Calor* (Visor, Madrid, 2008, VI Premio Internacional Fray Luis de León), que fue elegido libro del año 2008 por la revista de literatura *Quimera*. Como narrador ha publicado el libro de relatos *Zeta* (2002), y las novelas *Magia* (2004) y *España* (2008). En 2009 Alfaguara publicará su próxima novela.

El inmaduro

Me pasa siempre, y duele, y confunde. Debe ser algo relacionado con la desesperación de vivir. Si estoy en Barcelona, me gustaría estar en Madrid. Si estoy en Zaragoza, me gustaría estar en La Coruña. Si estoy en La Coruña, me gustaría estar en la cima del Aneto, comiendo setas venenosas bajo el cielo helado. Si voy al cine, en mitad de la película me entran unas ganas revolucionarias de estar en mi casa viendo la televisión. Si estoy sentado en el sofá viendo la televisión, me gustaría estar muerto y enterrado en el cementerio, contando los días que faltasen para la resurrección de la carne. Todo me persigue, ciudades, cines, casas, cementerios. Si estoy con amigos, preferiría estar con amigas. Si estoy con amigas, me gustaría estar con enemigas. Si estoy con enemigas, me gustaría estar en casa durmiendo la siesta. Si me compro unos zapatos con cordones, en que salgo de la tienda y ando por la calle empiezo a envidiar a todos aquellos que llevan zapatos sin cordones. Y también me pasa con las camisas, las cazadoras, los pijamas, y las sandalias en el verano. Y también con las vidas: Si me pienso abogado, preferiría ser médico. Si médico, sacerdote. Si sacerdote, hombre casado y con siete hijos. Si casado, soltero. Si soltero, viudo muy apenado. Si viudo, monje. Si monje, matador de toros. Estés donde estés, no has acertado por completo. Siempre hay algo más barato y mejor por ahí. Siempre hay vistas desconocidas en el acantilado de la vida. Me está matando esto de vivir una sola vida. La gran muerte de vivir en una sola forma.





El árbol de la vida

(Navidades de 2006)

Mezclo vivos y muertos en estas fechas. Mezclo aftershave caro con colonia aún más cara en estas fechas. Pienso en los treinta millones de euros que llevo ganados este año y me río y gozo pensando en las viudas españolas que tienen pagas de 400 euros mensuales. Las imagino comiendo turrón Eroski y una gran risa me quema los pulmones con el gas blanco de la felicidad. La nochebuena la paso en un apartamento de Manhattan de trescientos ochenta y nueve metros cuadrados sin contar las terrazas, las enigmáticas terrazas bajo la luna indiferente. Doy una fiesta para judíos exquisitos y hablamos de Faulkner y de Dante. Luego arrojo a uno de esos judíos por la ventana desde un piso 90. La nochevieja la paso en la Suite Castellana del antiguo Hilton de La Habana, y charlo con Fidel sobre Camilo Cienfuegos y sobre Ernesto -los muertos santos a quienes jamás alcanzará el desencanto-, bandejas revolucionarias llenas de frutas tropicales con ventanales frente al mar y larga nostalgia del Che, que jugó en esta suite del piso 22 al ajedrez con byroniana sonrisa. Hablo un rato con Benedicto XVI desde La Habana y le pregunto por el fin del mundo, y él se ríe, conoce mis bromas. “Está llegando”, me dice Beni, “tienes la vida eterna asegurada, no te preocupes”, añade. Largos, clandestinos pasillos del Vaticano con Dios al fondo, en la triste negrura de las alcobas diamantinas. La noche de Reyes la paso en París en la suite “Chopin” del Ritz. Aún queda algo suyo aquí, alguna bacteria fosilizada de su también fosilizada tuberculosis. Nada de España nunca en estas fechas, que me deprime. Aunque hablo con el Rey de España el día de Año Nuevo. “Debes coronarte emperador, como hizo nuestro amadísimo Hiro Hito, cuanto antes, esa gente no se merece otra cosa”. Me duele no poder hablar ya con Stalin, cuánto lo añoro. No soporto el aburrimiento del mundo. Estas son fechas terribles. Pues ya no hay nada sobre la tierra. Sólo hay autopistas, policías y semáforos. Millones de semáforos en rojo. Semáforos fabricados en polígonos industriales de las circunvalaciones en torno a Múnich, a Madrid, a Moscú, a Manchester y a Milán. Nada hay más que semáforos, llevamos millones de años esperando que cambien de color. Sólo hay electrodomésticos y asalariados y chinos y chatarra y ruedas vacías, sin aire adentro, ruedas descendidas de las nubes aún más vacías, nubes sin líquidos, nubes llenas de la basura caliente que vino de la tierra. Ninguna revolución a la vista. Ninguna clase social tratando de salir de la mugre. Esta mugre inmensa. No hay fusilamientos de tiranos. No hay ni tiranos. No hay violaciones de las hijas adolescentes de las reinas neuróticas. Hay presidentes de comunidad de vecinos. Este aburrimiento universal. La gente cumple cuarenta años y luego cincuenta. Y luego se mueren y es como si nunca hubieran estado vivos. Ricos y pobres, vivos y muertos. El Mal me calienta el hígado.



1985

El 24 de diciembre de 1985 Manuel Vilas estaba de guardia en el Cuartel del Regimiento de Infantería de Barbastro, en donde cumplía el servicio militar. La guardia nocturna se conocía con el nombre de “refuerzo”. Vilas era cabo y por tanto su cometido en los refuerzos consistía en distribuir a los soldados por las garitas y después regresar al cuerpo de guardia. Miguel Fernández Díaz, un soldado de reemplazo, al que Vilas había dejado a las 22 horas en la garita número 4 (la más alejada del cuerpo de guardia) eligió ese momento para pegarse un tiro en la boca. Normalmente, Vilas ya no se acuerda de esto, porque fue hace muchos años. Normalmente, Vilas ya no se acuerda de nada, y tampoco sabe muy bien por qué se olvidan las cosas (imagina que porque las cosas se deshacen en medio de la memoria). Recuerda Vilas que se quedó mirando las salpicaduras en el techo de la garita, iluminadas por la luz de una linterna. Recuerda los expertos comentarios del capitán de guardia sobre la trayectoria de la bala, las conjeturas sobre el boquete que se abrió en la cabeza de Fernández Díaz. Era una bala de Cetme, que convirtió el juvenil orden cerebral de Fernández Díaz en un caos sanguinolento y acabado.

Piensa Vilas en lo que Miguel Fernández Díaz se ha perdido a lo largo de estos últimos 22 años. Piensa Vilas que tal vez vivió esos 22 años en las 22 milésimas de segundo que le costó a la bala desatar el nudo caliente de la carne. Vilas se ve a sí mismo como un radiante turista en el pasado. Al día siguiente, es decir, el día de Navidad, vino el padre de Miguel Fernández. A su madre no consiguieron encontrarla. No había móviles entonces. Nadie sabía dónde estaba. El padre vino porque alguien le pagó el viaje en autobús. Seis horas de autobús. Llevaba una bufanda.

No había móviles entonces, ningún sitio adonde llamar.

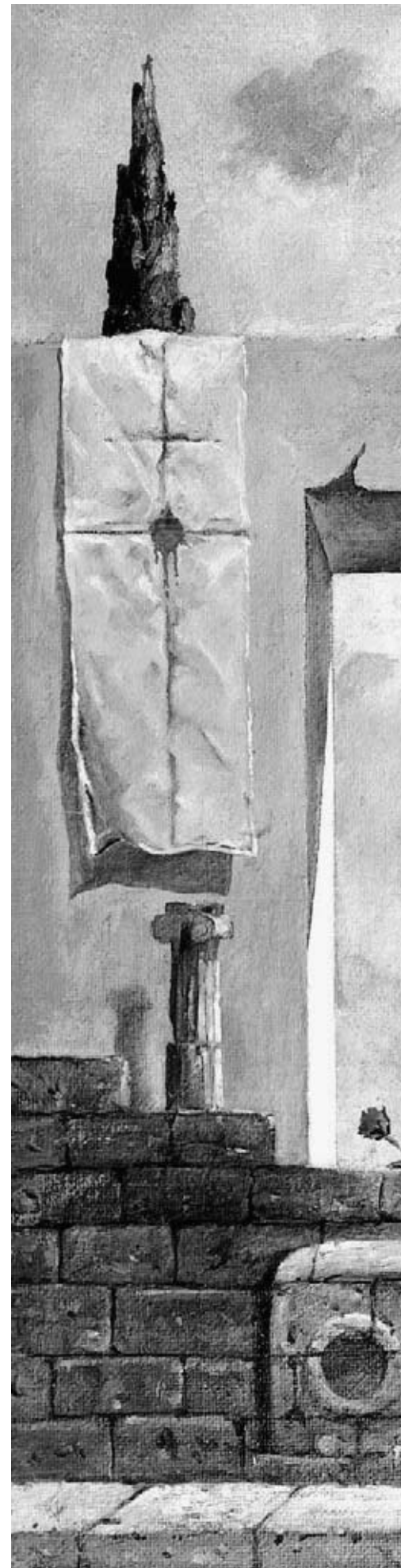
Claro que fui el último ser humano que vio vivo a Miguel Fernández Díaz. En alguna instancia celestial tendrá sentido el hasta luego que me dedicó con una dulce sonrisa impropia de aquella noche oscura. Un honor, sin duda, aquella sonrisa.

Un gran honor.

Pues, naturalmente, tanto Miguel Fernández Díaz como Manuel Vilas Vidal fueron hombres de honor.

Y el honor es la vida.

¿Sabes?, tengo la extraña sensación de que fui yo el que cayó esa noche en medio de las miles de balas del enemigo, en medio de las ráfagas luminosas en el cielo de las playas de Normandía, en medio de la metralla suprema, en medio de los obuses de aquella artillería fantasmal en la noche caliente de nuestra juventud, y sé que no pudiste hacer nada por mí, pese a que te jugaste la vida por mí, y el enemigo cantaba canciones de gloria.





*Zuhaitzaren
fruitua*

*Un árbol
con frutos*



Bizkaiko Foru Aldundia
Diputación Foral de Bizkaia